



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 17.

JUEVES 3 DE JULIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

UNA EMBAJADA RUSA AL JAPON (traducido del ruso). (Conclusión.)—ESTUDIOS SOCIALES: La Justicia y la Caridad, por Victor Cousin. (Continuación.)—ESTUDIOS HISTÓRICOS: La influencia morisca en las costumbres españolas, por Florencio Janer. (Conclusión.)—LA MUJER DE SU CASA, por Fernando Martinez Pedrosa.—EL CABALLO. (Continuación.)—A LA GRAN TRAGICA CARLOTA SANTONI, por Antonio Vidal y Domingo.—RUINAS ENTRE BALBEC Y DAMASCO.—LA ARMERIA REAL.—MODAS DE AFRICA.—BIBLIOGRAFIA.

### UNA EMBAJADA RUSA AL JAPON.

#### II.

Las negociaciones del conde Putiatine empezadas á bordo de la fragata se terminaron en Jeddo. Estas negociaciones tuvieron lugar en un templo ocupado por los rusos y en que estos tuvieron frecuentes ocasiones de ponerse en relacion con los plenipotenciarios japoneses. Uno de ellos, Nagai-Somono-Kami, hombre de inteligencia y de espeditos, era el jefe de un partido que quiere mantener relaciones con los extranjeros y que ve en estas relaciones una utilidad grande para el gobierno y para el pueblo. Hace algunos años este hombre notable ocupaba en Nagasaki el destino de jefe de instruccion pública y tuvo frecuentes relaciones con los holandeses; entonces fue cuando aprendió el holandés y el inglés, se instruyó en las constituciones europeas y se puso al corriente de los usos y costumbres de los pueblos civilizados. Poco despues de la conclusion del último tratado americano, declaró á uno de sus amigos íntimos, que como quiera que fuese, él seria el primer embajador japonés en Washington. Este hombre es tan prudente que no hay nadie en el Japon, escepto aquellas personas que le son completamente adictas, que sospeche el grado de su saber y su ambicion. Desgraciadamente, despues de la conclusion del tratado, el partido retrógrado aprovechándose de la juventud del siogun, tomó las riendas del gobierno, cambió

todo el personal de la alta administracion, incluso el mismo consejo supremo, y le reemplazó por hombres elevados por él, de modo que las personas de la clase de Nagai-Somono-Kami perdieron toda su influencia.

Despues de concluidos los preliminares faltaba una reunion con los miembros del consejo supremo, la firma del tratado, y por último, la presentacion al presunto heredero del siogun, jóven de 14 años; porque el siogun, atacado de hidropesia no podia recibir á los rusos. Durante todo este tiempo los oficiales que habian quedado á bordo de la fragata pasaban una vida fastidiosa; no podian ir á Kanagava. Sin embargo, como necesitaban algun movimiento y les hacia falta habitar en tierra, pues empezaban ya á padecer por la influencia del clima, el almirante hizo que pusieran á su disposicion un sitio llamado Jukaama, situado sobre colinas muy pintorescas y separado de Kanagava por un valle y un rio. Este último era el limite de sus paseos durante los cuales aspiraban un aire prodigiosamente aromático. Allí construyeron una gran tienda para descansar, donde la hospitalidad del gobierno japonés les proporcionó té y frutas. Principalmente comian una especie de melones muy pequeños, que les servian para su sed, sin necesidad de beber el agua muy insalubre de aquel sitio.

Poco despues terminaron los paseos por tierra, y se ocupaban en recorrer la rada en sus embarcaciones; maniobraban militarmente y concluian ordinariamente por regatas, en las que se hacian apuestas, y cuando volvian á bordo de la fragata entablaban una conversacion interminable sobre los sucesos del día.

Despues de haber permanecido allí un mes el conde Putiatine regresó de Jeddo, y entonces levantaron las anclas para conducir al almirante á Shanghai, desde donde que ia vo' ver á Rusia en el barco que hace el servicio del correo.

Apenas habian salido de Kanagava, cuando los sorprendió un huracan, obligándolos á entrar en la rada de Nagasaki para reparar algu-

nas averias graves. Su primer cuidado fue ver al gobernador para enterarse de cuáles eran sus disposiciones. Esta vez no hubo que vencer dificultad alguna; el gobernador recibió la visita del capitán en el momento en que le fue anunciada, y el resultado de esta entrevista fue sumamente satisfactorio. La prudencia, la equidad y la benevolencia del conde, le habian dado la confianza y las simpatías de todos los japoneses. El gobierno habia recibido la orden de ayudarlos en todo, porque hubiera sido difícil dar una prueba mayor de cordialidad que la que él desplegó. Despues de la primera entrevista, les agregaron uno de los principales funcionarios de la ciudad que debia servirlos de intermediario en las disposiciones que tenian que tomar, y desde aquel momento los trabajos marcharon con la mayor facilidad.

Antes de empezarlos era preciso restablecer la salud y la fuerza de la tripulacion que habia sufrido mucho durante el último tiempo; se necesitaba evitar á los que estaban sanos el contacto pernicioso de los enfermos y disponer la instalacion de estos en tierra firme. Se encontró para ellos un templo situado sobre uno de los puntos mas elevados de la ciudad y edificado en forma de anfiteatro; no se hubiera podido encontrar nada mejor. El templo daba á la parte del Sur, y los enfermos durante dias enteros podian gozar de los rayos benéficos del sol que en el mes de octubre no se nubla jamás en Nagasaki. Colocado sobre una montaña, lejos del ruido y de las emanaciones moféticas de la ciudad, elevándose por encima de las nieblas que se posan por la mañana sobre la parte baja de la ciudad, el templo presentaba una extraña reunion de las mejores condiciones higiénicas. Bien pronto vieron las favorables consecuencias de aquella instalacion; hasta los mismos moribundos se restablecieron, y mes y medio despues no habia ya ningun enfermo; finalmente perdieron hasta el recuerdo de la epidemia.

Algo mas difícil era instalar cómodamente los oficiales y los marineros que no estaban



enfermos. En un principio las autoridades japonesas les propusieron una habitacion en la ciudad para los oficiales y barracas para el equipaje (proposicion que hasta entonces no se habia hecho á ningun extranjero), pero los oficiales no quisieron aceptarla, porque su separacion de los marineros podia tener una influencia desfavorable sobre estos últimos. Escogieron, pues, para habitacion un templo de Gosinzi, frente á la ciudad y al otro lado de la rada, é hicieron construir cerca de allí dos barracas para el equipaje. Compraron un pequeño espacio enfrente de este edificio por 108 francos, é hicieron de él su almirantazgo; cuando todo estuvo dispuesto dejaron la fragata. Los cañones colocados en el patio del templo y las pirámides de fusiles daban un aspecto guerresco é independiente á aquella pequeña colonia. Hay que advertir que estos aparatos de guerra fueron los primeros cañones y fusiles extranjeros que entraron en el Japon sin oposicion y sin autorizacion de las autoridades del pais.

Habia dos habitaciones en una de las divisiones del templo, una de ellas la ocupó el capitán; la otra les sirvió de comedor y de sala. Los oficiales se instalaron en otras habitaciones, dos en cada una. La única cosa que los molestaba era la falta de luz; las ventanas en el Japon no tienen vidrios. El frío era demasiado grande para continuar así, y se vieron obligados á tapar las ventanas al principio con papel, y despues con tablas y cortinas.

Por la tarde y por la mañana tiraban los cañonazos de costumbre; su bandera se levantaba sobre el último escalon exterior del templo, y á su lado habia un centinela. Cerca de la puerta de entrada estaba la casita del intérprete, á quien necesitaban á cada momento.

La primera ocupacion de este intérprete fue la de vigilarlos, protegerlos contra los habitantes de las cercanías en caso de ataque y velar para que observasen estrictamente, aun en su propio recinto, las leyes japonesas. Poco despues se varió el empleo, y este Argos se convirtió en un ayudante del capitán. El recinto del templo y todas sus dependencias se cambiaron en un pueblo ruso con los usos y costumbres del imperio moscovita. Llegaron á tener hasta un matadero, cosa completamente contraria á los usos y costumbres japonesas (porque en este pais no se come carne), pero que lo obtuvieron con bastante dificultad.

Ocho dias despues de su instalacion dieron una comida á las autoridades de la ciudad y á los holandeses, únicos extranjeros que estaban entonces en relacion con los japoneses. Allí mismo habia que vencer dificultades; el gobernador japonés no tenia derecho de visitar á nadie en su provincia, ni aun podia permanecer fuera de su casa despues de la puesta del sol, pero el asunto se arregló, y el gobernador con veinte de sus dignatarios asistió al banquete que fue seguido de una iluminacion y de un fuego de artificio. Comieron alegremente, bebieron á la salud de los gobiernos respectivos (cuyos brindis fueron acompañados de salvas de cañonazos), y no se separaron hasta muy tarde por la noche en medio de los fuegos de bengala.

Esta fue la primera vez que los japoneses se separaron de la estricta observancia de sus costumbres, y se unieron á los extranjeros haciendo justicia á su demanda y concediéndoles cierta libertad. Los que hayan ido despues que los rusos á Nagasaki, se habrán aprovechado sin duda alguna de este cambio.

(Traducido del ruso.)

## ESTUDIOS SOCIALES.

### I.

#### DE LA JUSTICIA.

(CONTINUACION.)

Despues de los jurisconsultos y los publicistas que fundan el derecho de propiedad en las leyes y las leyes en un contrato primitivo, en-

contramos los economistas, que persuadidos de la importancia del trabajo y de la produccion, colocan en ellas el principio del derecho de propiedad. Cada uno, dicen, tiene un derecho natural esclusivo sobre el fruto de su propio trabajo; el trabajo es naturalmente productivo, y es imposible que el productor no distinga sus productos de los de los demás, como tampoco que no atribuya á su prójimo el mismo derecho sobre lo que le consta que produjo por sí mismo. Esta teoria es ya mas profunda que la precedente; pero es aun incompleta. Para producir es menester una materia cualquiera, son menester instrumentos, porque no se puede producir sino con la ayuda de alguna cosa que se posee ya. Si la materia en que trabajo no me pertenece, ¿á qué título los productos obtenidos me pertenecerian? De esto se sigue que la propiedad preexiste á la produccion, y que esta supone un derecho anterior que, de análisis en análisis, se resuelve en el derecho del primer ocupante.

La teoria que funda el derecho de propiedad en una ocupacion primitiva toca á la verdad; en sí misma es verdadera, pero necesita ser esplicada. Ocupar es apropiarse las cosas, lo cual supone que antes de la ocupacion existia ya una propiedad primera que nosotros entendemos por ocupacion; esta propiedad primera, mas allá de la cual no se puede remontar, es nuestra persona, y esta persona no es nuestro cuerpo, porque nuestro cuerpo es nuestro, pero no es nosotros; lo que constituye la persona es esencialmente nuestra actividad voluntaria y libre, y en la conciencia de esta libre energia es en lo que el yo se distingue y afirma. El yo, hé ahí la propiedad primitiva y original, la raiz y modelo de todas las demás, y todo el que no parta de esta propiedad primera, evidente por sí misma, es incapaz de establecer ninguna legítimamente.

El yo es, pues, una propiedad evidentemente santa y sagrada. Para borrar el título de las demás propiedades, es menester negar esta, lo que es imposible, y si se la reconoce, por una consecuencia necesaria, es menester reconocer tambien todas las demás que no son mas que esa misma manifestada y desenvuelta. Nuestro cuerpo no es para nosotros mas que el instrumento de nuestra persona, y despues de nuestra persona nuestra mas íntima propiedad. Todo lo que no es una persona, es decir, todo lo que no está dotado de una actividad inteligente y libre, ó por mejor decir, todo lo que no está dotado de conciencia, es una cosa. Las cosas no tienen derecho, el derecho está no mas que en la persona, y las personas no tienen derecho sobre las personas; no pueden poseerlas ni usar de ellas á su voluntad: fuertes ó débiles, son sagradas las unas y las otras.

La persona humana inteligente y libre, y que á este título se pertenece á sí misma, se esparce sucesivamente sobre todo lo que la rodea, se lo apropia y se lo asimila, principian-do por su instrumento inmediato que es el cuerpo, y luego por las diversas cosas inocupadas de que toma posesion, y que sirven de medio, de materia ó de teatro para su actividad.

Despues del derecho del primer ocupante, viene el derecho que nace del trabajo y de la produccion.

El trabajo y la produccion no constituyen, pero confirman y desarrollan el derecho de propiedad. La ocupacion precede al trabajo, pero no se realiza por el trabajo. En tanto que la ocupacion subsiste sola, tiene algo de abstracto en algun modo, de indeterminado á los ojos de los demás, y el derecho que funda es oscuro; pero cuando á la ocupacion se añade el trabajo, este la declara, la determina y le da una autoridad visible y cierta. Por el trabajo, en efecto, en vez de poner simplemente la mano sobre una cosa desocupada, imprimimos en ella nuestro carácter, nos la incorporamos, y la unimos á nuestra persona, y esto es lo que hace respetable y sagrada á los ojos de todos la propiedad hija del trabajo libre é inteligente del hombre. Usurpar la propiedad que

el hombre posee en calidad de primer ocupante, es una accion injusta, pero arrebatarse á un trabajador la tierra que regó con su sudor, es una iniquidad vituperable.

Desde que una cosa es mia legítimamente, puedo disponer de ella libremente puesto que libremente la adquirí; la puedo prestar, cambiar ó dar con esta ó la otra condicion ó sin condicion ninguna. El derecho de alquilar y de vender, el de donacion y todos los otros derechos que derivan de estos, descansan sobre la base inalterable del derecho primitivo y permanente de la persona.

Ahora bien, si puedo dar lo que me pertenece, puedo tambien transmitirlo á quien quiera y con mas razon á mis hijos. Seria extraño que se me disputase tratándose de mis hijos, el derecho que tengo con respecto al primer venido. La trasmision que hago de mis bienes es legítima de todo punto, porque es libre, y además se apoya en un sentimiento sublime que es el deseo innato de revivir enteramente con todo lo que posee en una segunda naturaleza propia, como lo es un hijo. Por último, cuando examinamos esta trasmision, nos parece totalmente razonable, favorable ó mas bien necesaria para la duracion y la perpetuidad de la familia, de la sociedad y del género humano. El derecho de herencia, tan saludable por sus consecuencias, es pues sagrado en su principio, porque no hace mas que manifestar en los hijos el derecho del padre, y en este el derecho de cualquiera que posee de disponer de lo suyo á su gusto y con mas razon segun las dulces propensiones de su corazon, y segun su interés propio que se confunde en este punto con el interés general.

Las leyes aceptan y consagran el derecho de disponer de lo que se posee; no le crean sino que le toman, en cierto modo, de la conciencia del género humano, en una palabra, no le fundan, pero lo garantizan.

De lo dicho resulta que el derecho natural reposa en un solo principio, que es la santidad de la libertad del hombre. El derecho natural, en sus aplicaciones á las diversas relaciones de los hombres entre sí y en todos los actos de la vida social, contiene y enjendra el derecho civil, y como en realidad el derecho civil se funda únicamente en el ser libre, el principio que domina en todo el derecho civil es el respeto de la libertad, respeto que se llama justicia.

La justicia confiere á todo hombre el derecho de obrar libremente, á la condicion que el ejercicio de este derecho no se oponga al ejercicio del derecho del prójimo. El hombre que, para ejercer su libertad, violase la de otro faltando así á la misma ley de la libertad, se haria culpable, porque siempre se debe respetar la libertad, sea propia ó ajena; en tanto que el hombre usa de su libertad sin perjudicar á la libertad de su semejante, se halla en paz consigo mismo y con los demás; pero así que conspira contra las libertades iguales á la suya, las perjudica y las deshonor, perjudicándose y deshonorándose á sí mismo, pues perjudica al principio mismo que constituye su honor y que le hace respetable á los demás.

La paz es un fruto natural de la justicia, del respeto que los hombres se tienen ó deben tenerse los unos á los otros, pues lo que son todos iguales, es decir, que todos son libres.

Se concibe que la paz y la justicia tengan adversarios permanentes é infatigables en las pasiones, hijas del cuerpo, y naturalmente enemigas de la libertad, hija del alma. Cualquiera que quebrante la libertad es culpable, y por consiguiente reprehensible; pues el hombre, no solo tiene el derecho de defender su libertad, sino tambien el deber, y de aquí la idea de la represion y la legitimidad del derecho de castigar.

Si el hombre, culpable solamente contra su propia libertad, no depende mas que del tribunal de la razon y de la conciencia, desde que perjudica las libertades iguales á las suyas, es responsable ante sus semejantes, y merece ser juzgado ante ese tribunal que castiga á los vio-



ladores de la justicia y de la paz, á los enemigos de la libertad pública.

Pero ¿quién compondrá ese tribunal, y quién podrá apoderarse del culpable y condenarle? ¿En quién podrá depositarse el poder necesario para hacer respetar la libertad, la justicia y la paz? De aquí nace la idea de un gobierno.

La sociedad es el desarrollo regular, el comercio pacífico de todas las libertades, bajo la protección de sus derechos recíprocos. La sociedad no es obra de los hombres, es obra de la misma naturaleza de las cosas. Hay una sociedad natural y legítima de que todas las demás no son más que copias más ó menos imperfectas, y á esta sociedad corresponde un gobierno natural y legítimo, que merece todo nuestro respeto, que nos defiende, que nosotros debemos defender, y en quien tenemos el derecho de colocar y sostener la fuerza necesaria para el ejercicio de sus funciones.

Pero la fuerza que debe servir puede perjudicar también. El arte social no es otra cosa más que el arte de organizar el gobierno de manera que pueda siempre velar eficazmente en defensa de las instituciones protectoras de la libertad, sin poder volver nunca contra estas instituciones la fuerza que se le confió para sostenerlas.

El principio y el objeto de todo gobierno humano, digno de este nombre, es la protección de los derechos naturales, como lo han reconocido las dos naciones modernas más adelantadas hasta hoy en organización social, que son la Inglaterra en el famoso bill de los derechos, y principalmente la Francia, en la inmortal declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Esto es lo que proclama la filosofía; pero se detiene aquí, ó al menos no agita de un modo terminante la cuestión de saber cuál es la mejor forma de gobierno, porque esta cuestión depende á la vez de principios fijos y de circunstancias que varían según los lugares y tiempos.

¿Hemos terminado nuestra tarea con esta teoría? ¿Todos nuestros derechos públicos y privados se limitan á nuestros deberes con respecto á la libertad? Por mi parte no lo creo, y me apresuro á llamar la atención hacia una distinción importante, que en cierto modo es como el alma de la filosofía moral y política.

(Se continuará.)

VICTOR COUSIN.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### LA INFLUENCIA MORISCA EN LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

(CONCLUSION.)

Los romances moriscos, nacidos de la lucha que durante ocho siglos mantuvieron en España el cristianismo y el islam, representan, pues, el espíritu de aquella época, y nos retratan las creencias, las costumbres, los usos y aun los trajes de las dos razas enemigas. Tan pronto sabemos por su lectura cómo amaban los caballeros de las huestes cristianas y los guerreros de Granada, y cómo anhelaban merecer los favores de las damas, adornándose con sus colores, emprendiendo raros desafíos, y llevando á cabo peregrinas aventuras, como meditamos la grandeza de aquellas hazañas, de aquellos duelos, de aquellos amores y hechos particulares, que encendían en heroica emulación, y que acabaron al salir de España los últimos hijos del desierto. Unas veces nos parece presenciar los continuos relatos, las alarmas diarias á que vivían condenados los pueblos fronterizos, que estaban continuamente acechando la ocasión de hacerse daño; otras veces nos enternece al oír las tristes endechas de la cautiva encerrada en elevado torreón morisco, ó los lamentos del forzado que remaba sin descanso en las galeras de los régulos de Málaga ó de Almería. Y sin embargo de la común belleza que encierran estos cuadros de costumbres moriscas, el espíritu de parodia y

burlesco que, como dice Durán, se aplica especialmente á todo lo bueno, á todo lo bello y popular, ha pretendido desautorizarlos y despopularizarlos con los romances satíricos de una época posterior. Mas ¡vanos esfuerzos! Nuestra poesía y nuestros hábitos habían tomado ya un giro oriental que no han podido olvidar nunca, y de que aun en el día participan. Los romances moriscos serán siempre una prueba de las más inmediatas de aquella parte de la civilización árabe, que inoculada con la nuestra constituyó la poesía española, y del carácter especial que en el siglo XVI empezó á tomar, y siguió después. Y entre estos romances, los que propiamente pueden llamarse históricos, presentan un interés de gran valía, pues son tradiciones rimadas, que merecen la fe del pueblo y la atención del historiador que quizá no halla en los documentos de los archivos memoria de los sucesos conservados por la pluma del poeta. Nadie ha apreciado todavía á los romances moriscos bajo este punto de vista, pues son en efecto cuadros completos de heroicos hechos consignados unas veces en la historia y relegados otras al olvido, pero siempre tradicionales, llenos de verdad, y que corroboran la idea que tenemos formada del espíritu cabaleresco y guerrero de aquellos tiempos.

La galantería española es también, en parte, un precioso legado que debemos á los árabes, y á los moriscos sus descendientes. De España ha pasado la galantería al trato social de las demás naciones, siendo hoy día los franceses los que blasonan de poseerla en más alto grado. Pero no es aquella galantería que leal, pura y ardorosa, llena de respeto y admiración hacia las gracias y virtudes del sexo débil, nacía en el corazón de nuestros guerreros endurecidos en las peleas contra los moros. La galantería moderna, resentida al contacto del espíritu dominante de nuestro siglo, es superficial, obligada en las sociedades de buen tono, fría, indiferente, egoísta, como despojada en fin de las virtuosas dotes que la mantenían en los pechos sarracenos y de nuestros esforzados bisabuelos. Durante la reconquista, y en medio de los más encarnizados combates, se daban pruebas de una nobleza y gallardía de ánimo increíbles si no fuera la historia quien nos las ha transmitido. Toda la guerra de Granada fue una continuada serie de lances galanos y amorosos, en que tan pronto los capitanes moros como los cristianos daban ejemplos de nobleza y cultura. El espíritu oriental penetraba en la sociedad castellana, arraigando las semillas de una civilización que entonces no conocía Castilla, pero debemos consignar asimismo que la galantería española tuvo también preciosísimos gérmenes en la religión católica que templaba con su bálsamo divino los infortunios de nuestros progenitores.

Inoculadas las costumbres de ambos pueblos, dice Durán, los moros fueron más galantes, y los españoles más celosos que lo eran antes de mezclarse y de tratarse. Célebre, alegre, libre y placentera fue siempre entre los moros y cristianos españoles la velada de San Juan Bautista. En las noches de velada de algunos de aquellos santos, pero en particular en la de que tratamos, por ser común á amigos y enemigos, rompíanse los cerrojos, caíanse los candados, descorríanse las celosías, abríanse las puertas y ventanas, descuidábanse los celosos, y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres gozaban de libertad. La doncella, la casada, la viuda, podían al aire libre, si las tenían, gozar de sus intrigas amorosas con menos recato al menos que en otras circunstancias. Y no se crea que estas fiestas eran unas saturnales: casi siempre el amor, legítimo ó no, se expresaba ó manifestaba por medios delicados, pues aun cuando los Argos celosos estaban adormecidos, el escándalo, la falta de recato ó de prudencia los despertaba armados de puñales, de dogales ó de venenos. No solo las historias, las novelas, los romances, las canciones populares y las comedias españolas se esmeran en pintar la alegría, las galanterías

de estas fiestas generales, sino que también retratan con viveza muchas de las trágicas escenas á que el menor descuido daba lugar, cuyo ídolo era el pundonor, y que jamás perdonaban un hecho que aun levemente pudiera mancharle. Aunque la velada de San Juan ha perdido en las poblaciones grandes gran parte de su interés, aun conserva mucho en las aldeas y pueblos campestres. Todavía se ven en ellos vestigios de lo que fue. Los jóvenes labriegos y pastores corren las calles y las praderas cantando coplas y dando música á sus novias; todavía enraman las ventanas de sus queridas con flores y ramas de frutales: todavía las muchachas acechan en las rejas la primera palabra que oyen para adivinar por ella si está lejano ó próximo el día de tener un novio, ó si el que tienen les será fiel y llegará á ser su esposo; todavía echan la clara de huevo en un vaso de agua cristalina para obtener á la media noche la figura de un navío que juzgan ha de formarse milagrosamente bajo la protección del santo. Y no se crea que esta fiesta encantadora se celebró solamente en bellos versos por los antiguos poetas; entre los modernos ha servido y sirve aun de asunto é inspiración llena de un dulce sabor inesplicable. Melendez, Iglesias y otros muchos poetas, la celebran en sus versos, acaso no los mepos blandos, suaves y apacibles que compusieron, como puede verse, en sus obras, y todas estas fiestas populares podemos considerarlas como gratos recuerdos de la estancia de los moriscos en nuestra patria.

No menos hallamos restos de la influencia morisca en nuestros trajes nacionales, conservando entre otras prendas las capas y mantillas, que no deben su origen á otra cosa que á los albornoces y velos femeniles de la raza española. «Pueblos hay en la península, dice un escritor, donde nuestros abuelos tendrían muy poco que echar de menos en punto á costumbres y tradiciones: y muchas son las ciudades que si bien han sufrido los trastornos de las modernas revoluciones, todavía conservan en sus usos, trajes góticos y moriscos, resto de lo que fueron hace dos ó tres siglos.» Pero como resto más general, que podemos llamar europeo, se halla el invento de las *notas de música* usadas en la actualidad, apropiadas y vulgarizadas por Gui de Arezo. Debemos también á los árabes la invención del instrumento músico llamado *laud*, de que salieron las modernas *guitarras*, introduciendo en España el uso del órgano, la flauta, el arpa, el tiorbo, la bandurria y la vihuela, como también la muy popular costumbre de las *serenatas*. En fin, en la vida labriega y pastoril de los españoles modernos, conservamos todavía diversos usos árabes ó moriscos que prueban hasta qué punto llegaron á prolijar los vencedores las costumbres más útiles de los vencidos.

«De aquella temporada, dice un historiador, fechan los grandiosos esquilmos de la Andalucía alta y de las cañadas recónditas de Sierra Morena; pero donde quiera están asomando rastros de las faenas árabigas; pues lo son generalmente los estilos y prácticas de aquella provincia, siendo el caballo siempre el compañero de todo aldeano andaluz independiente. En habiendo agua y vegetación allí se avecinaba el árabe, y esquilma cuanto le era dable la tierra. En las cañadas más angostas y en una mera rambla, atravesaba puentecillos, hacia brotar el agua viva que abrigaba, iba formando arroyuelos, y en logrando un hilillo de agua, por todo el estío vivía desahogadamente.» — «Práctica inmemorial entre los árabes, allá de suyo errantes y pastores, el ir mudando con las estaciones de pastos y de campamentos. Solían llevar en primavera sus tiendas á mayor ó menor distancia del sitio de la otoñada, á fin de dar á la yerba el competente plazo para su retoño, y veranear durante la *mesaifa* en campiñas frescas al Norte ó á Levante, y durante la *mesta* ó invernada permanecer por los otros templados del Mediodía ó Poniente, al remedo de las grullas valiéndose del simul del rawi árabe Damir, las cuales pasan la *mesaifa*



en el Irak ó en Caldea, y su *mesta* en Egipto ó los territorios de Poniente. Los mas de los estilos que las tribus árabes dedicadas á este género de vida pastoril habian planteado en España, y de las regalías que gozaban para sus rebaños, han venido á conservarse casi cabales; así es que entonces, como ahora, cabañas grandísimas de ovejas pasaban por abril de las dehesas de Extremadura y de Andalucía á los

pastos de Molina de Aragon, y volvian en octubre á la Andalucía y Extremadura. Este es el origen de la Mesta. Rebaños y pastores se llamaban *moedinas*, errantes y trashumantes, y conjetura Conde que de aquel nombre adulterado procede el de *merinos*, dado á los ganados que varían de pasto dos veces al año.»

No terminaríamos, en fin, la reseña de los restos de la influencia morisca que conserva-

mos todavía en nuestros usos, en nuestros trajes y en nuestras costumbres. Desde los artefactos mas útiles é indispensables á la vida humana que salían de las célebres fábricas de alfarería y loza de Málaga y de Valencia; desde los resabios orientales en la aspirada pronunciación de los andaluces hasta las costumbres de nuestros pastores, las mañas agrícolas de los campesinos, los principales rasgos del ca-



Ruinas entre Balbec y Damasco.—Siria.

rácter español, asaz diferente de los demás caracteres europeos, y una infinidad de voces de los idiomas castellanos, catalán y valenciano, en todo hallaría una pluma perspicaz é inteligente el influjo que la civilización morisca había ejercido en la de nuestros bisabuelos.

FLORENCIO JANER.

#### LA MUJER DE SU CASA.

*Sapiens mulier edificat domum suam: insipiens destruetam quoque manibus destruet.*

SALOMON.

Oid una anécdota cuyos hechos sirvieron no hace mucho tiempo de base para que Arístides, joven abandonado y licencioso, pudiera levantar el edificio de su felicidad.

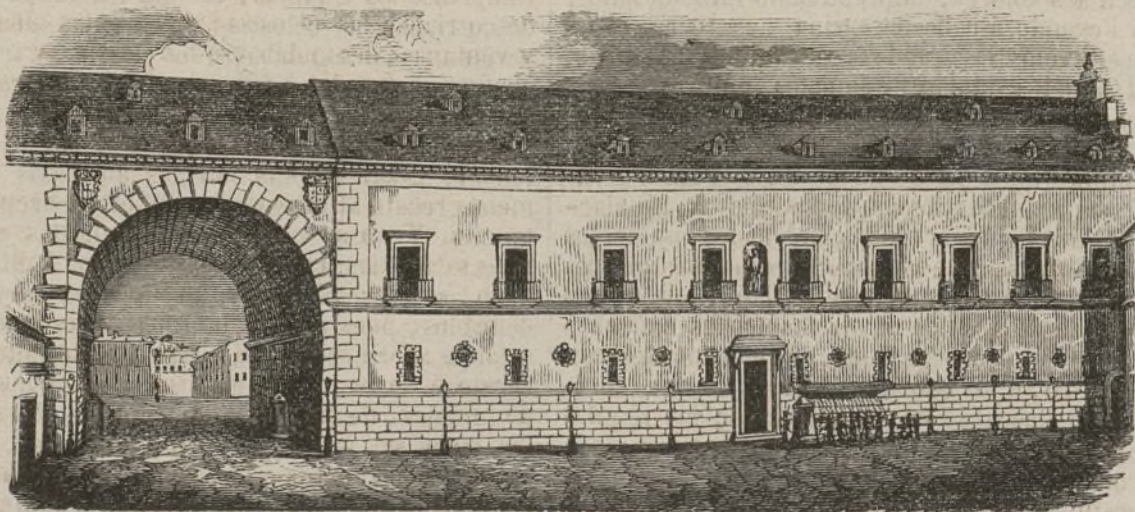
Todo el mundo sabe que Madrid es presa terrible hace muchos años, así como todas las ciudades populosas, aunque la capital de España en mayor escala que las demás, de una masa flotante de individuos, á lo que parece sin responsabilidad social, sin carácter determinado, sin modo de vivir conocido, en fin, los cuales forman la estadística de vagos; pues bien, á este número pertenecía, con gran delectación suya, el protagonista de esta historia cuando corría el año de 1850.

Era una mañana del mes de enero. El sol empezaba á deslizar sus tibios rayos sobre el lecho de tejas, donde en los crudos días de invierno se estienda como una gran sábana la pudibunda nieve descendida de las nubes, cuando un joven de veinte á veinte y cinco años, cuyo semblante se veía surcado por las huellas del dolor, atravesaba una de las princi-

pales calles de la coronada con paso incierto y mirada indecisa, con labios enjutos y sin otro abrigo que un ligero gaban gris de entretiempo que le sirviera de resguardo para su cuerpo y un aéreo pañuelo de lana con que cubría la boca y parte del rostro. En el Madrid, despreocupado, rara vez se paran mientes en los trajes que cada individuo adopta para su uso, y mucho menos en las crudas madrugadas de la estación de las nieves en que los transeúntes reducen su cuerpo á la mas mínima espresion, debajo de una capa de paño burdo, convirtiendo las narices en higo prensado á favor de un retal de lana ó de piel de nutria, así es que á nadie llamó la atención la ligereza de prendas de nuestro joven, ni mucho menos el arrobamiento á que se veía entregado, ni los suspiros débiles que de minuto en minuto se exhalaban de su corazón.

Este era Arístides Lagarza. Fue opulento en vida de sus padres poseedores de una fortuna inmensa que él y un hermano suyo se habían dado buena maña á derrochar en solo cinco años que llevaban, la mayor parte de ellos de lisonjera horfandad, si tal desdicha puede encontrar lisonjas en la suerte; pero el protagonista de esta historia aun poseía restos de un tesoro, que acaso le era desconocido: estos se reducían á la sensibilidad que afortunadamente conservaba su corazón, herido por los desengaños y maltratado por los dardos que arroja la vida de la disipación y los vicios.

Arístides, después de discurrir vagamente por diversas calles y plazas, llegó al punto de partida de su caminata, parándose de repente frente á la puerta de una modesta casa de la calle de Santa Isabel. La puerta aun no estaba abierta; el joven dió tres pausados golpes y



La Armería Real de Madrid.—Fachada exterior.



pocos instantes después el balcón del cuarto tercero se abrió, apareciendo en él una mujer de bastante edad, la cual, así que advirtió quien era el que llamaba, bajó con la presteza que la permitían sus años, abriéndole paso, y previa la vulgar salutación de «felices» que Lagarza pronunció con voz balbuciente, ambos personajes silenciosos se elevaron á una habitación reducida y de aspecto humilde.

—¡Al fin te veo, hijo de mis entrañas! exclamó la sexagenaria, apoyando su mano familiarmente sobre un brazo del joven.

—¡Y en qué estado! murmuró Aristides, extendiendo sus manos hacia un brasero de hierro que contenía media docena de doradas áscuas. La anciana, ante cuya presencia se hallaba Aristides, con la timidez y el desasosiego de un reo delante de su juez, era su ama de lech, que muchas veces había lamentado sus extravíos, dándole sanos consejos.

—Madre, Ana, dijo el joven después de haber permanecido algunos momentos en silencio.—Vengo á tu casa tan temprano porque te necesito.

—Has hecho bien en buscarme, porque no en vano acudirás á mí si de algo puedo servirte.

—¡Soy muy infeliz! exclamó Lagarza cruzando las manos y mirando al cielo; mi esperanza se nubla, mi ventura ha huido, solo me resta la resignación y un átomo de confianza en lo porvenir.

—Habla, hijo mío, no me atormentes con esa dilación en tus palabras... tu ventura es mía, soy así mismo partícipe de tu dolor.

—Pues bien, sabe mi desgracia. Hace cuatro meses que vi desaparecer como por encanto los últimos residuos de mi fortuna, que no ignoras, era cuantiosa; el fausto y el lujo por cuya pendiente me había deslizado sin sentir;

mi inesperienza en las empresas bursátiles en que tomé participación, mi vanidad escitada en el gran mundo, donde acostumbrándome á la farsa que le caracteriza, derrochaba cantidades crecidas por satisfacer mis pueriles caprichos, las exigencias de las mujeres de que me veía rodeado y la vanidad indisculpable, en fin, de sobresalir y de distinguirme en todo, fueron absorbiendo lenta y paulatinamente mi caudal, y después al querer reponerle, al intentar indemnizarme de lo que había perdido, turbado por el maléfico pensamiento del juego, fui al casino, donde la impunidad del delito me autorizaba para cometerle y tres golpes inesperados, terribles y decisivos, vinieron á sumirme en la desesperación abriéndome las puertas de la miseria... ¡Lloras Ana! murmuró interrumpiéndose el joven... ¡Ah, tú siempre has tenido buen corazón!

La anciana enjugó con las yemas de los de-



Armatura de Hernán Cortés.



Armatura del príncipe Filiberto de Saboya.

dos dos lágrimas que se deslizaban entre las arrugas de sus mejillas. Sigue, mi Aristides, le dijo. Me atormento porque has sufrido; me consuelo porque esta lección debe servirte de mucho para en adelante.

A los pocos días de este suceso, mi infelicidad había llegado á su colmo; un vértigo se apoderó de mí; pensé por primera vez en el suicidio, pero aun me restaba un último recurso. Se me ocurrió escribir á mi hermano, á quien yo juzgaba feliz y en la opulencia en Nueva-York, á donde le condujo el desorden de sus deseos, pero á la mañana siguiente recibí una carta de aquel punto. Un amigo leal y desinteresado de esos que tanto escasean en esta época, porque el inmoral tráfico de nuestra sociedad ha acabado con las emanaciones del alma, me escribía una carta humedecida con lágrimas... Tú, mi buena madre, sabes lo demás; mi hermano había muerto; solo, desamparado y miserable, y aquel amigo había cerrado sus ojos; él había recibido su postrer suspiro. Yo no podré olvidar jamás el nombre de este joven generoso, á quien no conozco personalmente.

Perdida la última esperanza, me vi precisado á depositar en el Monte de Piedad la única

alhaja que conservaba, de precio inestimable para mí. Era aquel anillo con que adornó mi mano la mas virtuosa de las madres, que trocó la tierra por la mansión de los justos pocos días después.

Al llegar á este punto de su relación, Lagarza enmudeció; inclinó la cabeza sobre el pecho para ocultar su emoción; sus ojos no derramaron ni siquiera una lágrima, porque su cabeza estaba seca, pero veíanse marcadas en su faz las muestras del mas intenso dolor.

Ana también lloraba.—Acaba, hijo mío, le dijo, y no llores. Enjugó sus ojos, y para animarle añadió. Mírame á mí, y haz por imitar mi tranquilidad.

Aristides, impelido por una fuerza superior se levantó y con aparente resignación, tendió una mano á la anciana que le escuchaba atentamente.

—Madre Ana, exclamó. Hace muchos días que vago sin norte y sin guía por los alrededores de Madrid; sin casa, hogar ni familia, sin mas abrigo que el que ves, y sin otro recurso que el que me dispensa el acaso. Yo, que no he mucho me via cercado de amigos, aduladores, no halló hoy uno que me ampare, ni una bue-

na voluntad que me ayude, ni tan siquiera unos labios que me consuelen. Solo tú, á quien en mis días de bonanza he olvidado me oyes con cariño, tu bondad satura mi alma desolada y hace soportable mi situación. Yo lo esperaba así, porque te conocía; en todos tiempos has sido la madre del huérfano, y hoy, si me das hospitalidad en tu sencillo albergue por unos días hasta tanto que yo me presente á un banquero en cuyo escritorio me han ofrecido emplearme, serás mas que mi madre, mi salvación, mi providencia!

Las palabras de Lagarza hallaron eco en el corazón de la anciana. En aquel depósito de inagotable caridad no había mas que un deseo. El corazón de la madre Ana le transmitió á sus labios, y abrazando á aquel hijo pródigo, le ofreció su casa, su frugal mesa y cuantos bienes poseía. Aristides, en el fondo de su alma, bendijo á Dios, de quien en las turbulencias de su vida había desconfiado, y abrazando á la anciana, vió renacer la esperanza en su corazón.

—Ahora, le dijo esta, acuéstate en mi cama, hijo mío, en tanto que mi nieta vuelve, que no debe tardar. Ella, alivio de mi soledad, es la que gobierna esta casa. Nos hará chocola-



e, arreglará tu ropa y no podrá menos de admirar su virtud y su laboriosidad, con la que vivo encantada. Ha ido, según costumbre, á vestir á un niño de una vecina que se halla enferma de gravedad y no cuenta mas que con el auxilio de las buenas almas. María la consuela diariamente, y no cuenta con tener mi casa como un oro, arregla la suya y cuida de la doliente y además de su hijo.

—¡Qué alma tan noble! murmuró Arístides. Voy, pues, á usar de tu ofrecimiento, mis miembros están transidos.

—Vé, hijo mio, ve, mi lecho, te hará recordar el tuyo.

—Sí, buena madre. Hace quince días que he reposado, ora en un pajar ó ya en medio del campo; ya ves si tengo hoy porque quejarme!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(Se continuará.)

## EL CABALLO.

### II.

El caballo se encuentra en casi todo el antiguo continente, desde el 65° de latitud Norte, hasta las islas del Asia, del lado del Sur. En la Nueva Holanda, en las islas del mar del Sur y en América, no existe sino después que los viajeros lo han importado á esas comarcas. Se le encuentra aun en el estado salvaje en los desiertos de la Tartaria, que se extiende al Sur de la Siberia y en los del Noroeste de la China; pero tal como la naturaleza lo presenta en esos países, es inferior en nobleza y en belleza de formas á nuestras razas domésticas. Su cabeza es larga, pesada y de faz enteramente convexa; sus orejas grandes y echadas ordinariamente para atrás; el hocico grueso y cubierto de pelo que se extiende en espesas crines por los lados inferiores de la cabeza y el cuello, y el pelo en general largo, espeso y rizado, es de un bayo oscuro. Estos caballos van reunidos en manadas conducidas por un caballo padre, y sirven de objeto de caza para las tribus nómadas del desierto que se alimentan de su carne y hacen uso de sus pieles.

En los alrededores del Palus Meotides ó mar de Azof, existen tambien caballos salvajes que Pallas supone provenir de los caballos rusos empleados en el sitio de Azof en 1697, y que quedaron allí abandonados por falta de forraje para alimentarlos.

El género de alimento y el clima ejercen una gran influencia en la conformación y el carácter del caballo. Este animal soporta la temperatura de los países mas cálidos, pero á cierto grado de frio no puede ya vivir, y á medida que se aproxima á este límite, se resienten de ello su temperamento y su conformación. En Islandia, polo ártico, está reducido á la talla de un enano; en Laponia, á 65° de latitud, es reemplazado por el renghífero, y en Kamtschatka, á 52°, el perro hace sus veces. Cuanto mas se separa de los límites que le son naturales, mas pierde de ese ardor y de esa ligereza que le caracterizan en los climas que le convienen. La abundancia y la calidad de su alimento ejercen iguales influencias, y así un país de brezos y de yerbas poco nutritivas, no producirá jamás un caballo tan vigoroso y de tan grande talla como el que se ha nutrido en ricos y abundantes pastos. El caballo de la montaña es mas pequeño que el de la llanura; así como el de los desiertos arenosos, comparado con el de los frondosos valles. Estas consideraciones poderosas hacen que el caballo, así como el buey, el carnero y los demás animales compañeros del hombre, se encuentren apropiados á las diversas situaciones á que están llamados á vivir. En las montañas de los países frios, es pequeño, recogido y animoso; su musculatura es fuerte y espeso su pelo; tal es el caballo de la Noruega, de una gran parte de la Suecia y de otras muchas comarcas montuosas de Europa. En las regiones ricas en pastos, como el Holstein, la Jutlandia y la Flandes, sus formas están mas desarrolladas, sus fuerzas físicas son mas con-

siderables, pero tambien tienen menos energía. En las comarcas donde el calor del clima quema la yerba en el estío, es mas pequeño y se contenta con menor cantidad de alimento. Así es como los caballos del Mediodía de Europa, particularmente los de España, son mas ligeros de formas y se alimentan mas fácilmente que los de Francia é Inglaterra, donde los pastos son abundantes, y este cambio se hace aun mas sensible, en el Africa y en los desiertos arenosos de Asia.

El país oriundo del caballo no nos está revelado por la historia ni por la tradición. Diferentes son las opiniones sobre la materia, pero lo que parece mas verosímil es la que lo hace proceder de las regiones del Asia occidental, hacia el Sur del Ponto-Euxino y del mar Caspio, puesto que esos lugares son la cuna del hombre, y que el caballo se encuentra aun allí en número extraordinario, y que las circunstancias físicas del país favorecen singularmente el desarrollo de sus formas y de sus facultades.

El caballo parece haber estado reducido á la servidumbre desde el origen de las sociedades humanas en Oriente, y el primer país donde se revela esta es el Africa, según lo atestiguan los autores sagrados y profanos y los maravillosos monumentos de esa tierra primitiva que cuentan mas de tres mil años de existencia.

### III.

Los caballos árabes parecen oriundos de los del Cáucaso y del Asia menor, como puede presumirse examinando la situación geográfica del país que se encuentra contigua á la gran region de los caballos asiáticos del lado del Norte; pero como esos animales viven en una comarca seca y árida, han sufrido las modificaciones que traen consigo el clima y la clase de pasto. Están mas vestidos que el caballo de Berbería, y tienen el cuerpo mas redondo y los miembros mas pequeños, huesos s y vigorosos. Pertenecen á esa pequeña clase de caballos que miden por término medio catorce palmos ó cinco pies cuatro pulgadas.

Comparados con los caballos de los países ricos en pastos, su aspecto es mezquino, su forma enjuta y su pecho estrecho; pero estas apariencias no quitan nada á su fuerza muscular, pues son ágiles en sus movimientos, su paso es natural y rápido, y tienen mucho fuego. El vigor de sus miembros se revela por los músculos bien marcados del antebrazo y los tendones salientes de las piernas. Tienen el lomo bastante oblicuo y medianamente corto, y la cruz elevada: sus cuartos son buenos; su cabeza bien hecha, la frente ancha, las orejas un poco largas, pero bien puestas; los ojos vivos y brillantes y las venas muy pronunciadas. Todo su conjunto presenta la mas perfecta union de la flexibilidad y de la gracia, que da la idea del carácter impetuoso del caballo del desierto.

El obispo inglés Heber, en la relacion de sus viajes por las provincias superiores de la India, traza en pocas palabras y de una manera mas completa que podría hacerse con largas descripciones, el carácter del caballo árabe: «Mis correrías matinales, dice, son muy agradables. Mi caballo es delicado, manso, aunque vigoroso y juguetón: de pura raza árabe, no tiene temor alguno, pues va derecho hacia un elefante sin titubear: es tan dócil que come el pan en mi mano, y me demuestra tanta atención y me hace tantas caricias como un perro: esas cualidades parecen constituir el carácter general de los caballos árabes, á juzgar por los que he visto en este país. No es ese animal arrogante é indómito que yo me habia figurado; y hay en él mas inteligencia y mas confianza en su jinete que las que se encuentran en la mayor parte de los caballos ingleses.»

Al hablar otro autor de un caballo árabe á quien sacaron el retrato, dice que fue cogido en un ataque dado por una tribu árabe contra una parte de la familia real de Persia que iba en peregrinaje. El jefe árabe que mandaba esta

acción fue muerto, y su caballo cayó en poder de los persas, á quienes se ofreció un rescate enorme por el noble animal; pero no se les admitió y mas tarde fue conducido á Inglaterra por sir Jhon M'Neil. Tenia catorce palmos y medio de alto y poseia toda la gracia imaginable, estando tan bien amaestrado en todos los ejercicios que los árabes enseñan á sus caballos, que podía galopar en el círculo mas estrecho. Al sacar su retrato parecia sufrir por el frio de la temperatura, y como se quisiese animarle un poco, se ensayó con él el efecto de la música; pero apenas oyó los primeros sonidos, se estremeció todo su ser y se escitó hasta un punto, que fue necesario cesar inmediatamente la prueba.

Los caballos del Norte perecerian si se les sometiese al escaso alimento y á las fatigas que se le imponen al caballo árabe. Este soporta el hambre y la sed mucho mas que ninguna otra raza, verificando al mismo tiempo largas jornadas, que concluirían con las fuerzas de aquellos.

Los caballos árabes se encuentran en mayor número en las comarcas vecinas de la Siria y el Eufrates, y es realmente allí donde se cria la mejor raza; así los caballos designados como árabes provienen verdaderamente de los países situados mas allá de la Arabia. Los mas bellos *koheyls* se encuentran en el Medjid, sobre el Eufrates, y en los desiertos de la Siria, mientras que al Sur de la Arabia y hasta en Zamba, no se ven buenos caballos, sino los que vienen del Norte. En el trayecto de la Meca á Medina, entre las montañas y el mar, es decir, en una estension de cerca de trescientas millas, no se encuentran apenas doscientos caballos, y la misma proporcion existe en el litoral del mar Rojo, desde Zamba hasta Akaba. Queda, pues, demostrado que la Arabia es un país estremadamente pobre en caballos, y que los mas hermosos animales de la especie que lleva su nombre, pertenecen á las comarcas colindantes donde el clima es mas templado.

La raza mas pura de estos caballos es la llamada *Nedjed*, á causa del desierto de este nombre que se extiende al Este de Medina y donde los sacan los beduinos que hacen de ellos gran comercio, trayéndolos á vender hasta Alepo. Los turcos del Asia menor y de la Siria, importan muchos; pero el principal comercio se hace en las Indias Orientales, en Basora, sobre el golfo Pérsico. La esportacion consiste principalmente en caballos padres, pues los árabes guardan las yeguas para la reproducción y las prefieren como montura. Se asegura que estos árabes ponen una gran atención en la pureza de origen de sus caballos, y que tienen ciertas razas que consideran como de sangre noble. En oposicion al uso seguido en Europa, señalan la descendencia por la yegua, y para probar la genealogía de sus caballos, no emplean nunca otra cosa que la tradición y la belleza de formas del animal; los pretendidos *Hujjis* ó certificados de descendencia, que presentan los mercaderes árabes, no son mas que trapacerías inventadas por los chalanes musulmanes ó cristianos.

(Se continuará.)

## Á LA GRAN TRÁGICA CARLOTA SANTONI.

Niño era todavía cuando por vez primera oí pronunciar el nombre de Italia ¡á tí tan caro!

Sonó suave á mis oídos y se me presentó rodeado de una esfera tan luminosa que me dió deseos de preguntar: ¿qué nombre era aquel, que tal magia lograba producir en un niño...?

Mi madre, que como tú amaba la gloria, me dijo:—Italia es el país de las grandes cosas.—

Y yo exclamé:—¡cuán hermoso debe ser, madre mia, el cuento de Italia!

—Es una historia que por lo maravillosa parece cuento: hoy lo será para tí, hijo mio, pero un día, así que tu alma haya dejado los encantados países que habita para descender á la realidad de la vida, no la encontrarás menos bella.—

Y fue de este modo; que luego que empecé



á pensar en las cosas graves y varoniles, y pude recorrer las páginas de tu brillante historia, esta ¡oh Italia! me sorprendió como lo que oí contar á los dulcísímos labios maternos.

Porque ningún pueblo ha sobrepujado nunca tu gloria, y tú has alcanzado la de los mas grandes; hasta la de aquella Grecia que antes de recostarse en su lecho de ruinas de Corinto, te legó el genio poético y su inmortal fortuna.

Las musas todas pasaron desde el mar de Jonia á la tierra de Italia, y la inspiracion fue para siempre la herencia de tus hijos, que hasta aquel día ¡es verdad! como no habian conocido mas grandeza que la de las armas, no pudieron adorar á otro Dios que á la Victoria.

Pero el Capitolio debía ver coronadas en su augusto recinto otras glorias: las que regocijan y regeneran á los pueblos en vez de entristecerles con sangrientos espectáculos.

¡Oh, musa de la Grecia, divina hija del Olimpo y del Helicon! Virgilio es el primer romano á quien inspiraste dignamente: el soplo de las brisas y de los laureles del Cefiso se sienten murmurar entre sus versos, los que brotaron del poeta mantuano mas suaves que la miel del Himeto de las queridas abejas del Atica.

En aquella corte de Augusto donde tantos astros brillaban al rededor del trono del señor del mundo, la luz mas pura y simpática era la que despidió la estrella del cantor de Dido.

Por esto mereció Virgilio ser elegido entre los de la grey cantora, y por tu amado poeta, para que le acompañase en su viaje á las regiones invisibles.

Dante no podia escoger mejor maestro ni un guia mas fiel: cuando mi imaginacion les acompañaba en su admirable viaje, me parece ver marchar juntos por los desolados campos del llanto al genio de la antigua y de la moderna Italia!

El poeta florentino es el igual del poeta mantuano, y algunos le encuentran mas grande; porque la Divina Comedia es obra mas sublime que la Eneida, y las historias tiernísimas de amor no faltan en ella.

¡Cuánta aventura trágica, cuánto amor por la patria, y odio y profundo desprecio por las cosas viles y miserables se respira en las páginas del poeta florentino!... Nada nos hace aborrecer tanto el vicio como sus versos, ni sabe inflamarnos mas por lo que es virtud.

Tú lo sabes, tú, Carlota, que despues de tantos siglos has sabido encontrar el alma perdida de la Divina Comedia... Sin duda vagando por las orillas del Arno, ó en tus meditaciones sobre el sepulcro del poeta deserrado, se te apareció una noche y te reveló el espíritu sagrado que le inspiró su obra, para que infundiéndolo de nuevo en su pueblo le despertase de su largo oprobio.

Si en la mansion de los bienaventurados, donde debe reinar gloriosamente en union de su Beatriz el alma inmortal del Dante, se siente todavía algun amor por las bellas cosas que el hombre sembró en la tierra, ¡qué pura alegría no deberá experimentar el poeta al contemplar el culto que en tu corazon le consagra!

En recompensa de tanto amor, de tanto talento dedicado á hacer revivir su obra y representarla hasta á los extraños, Dante pide para tí un puesto á su lado en el templo de la gloria, y allí te espera para ofrecerte un día la corona de la inmortalidad.

¡Poetas de la patria mia! vosotros que habeis nacido tambien en una tierra gloriosa, donde las artes encontraron siempre generosa acogida; celebrad en vuestros versos á la sublime trágica que en la misma escena española sabe entusiasmarlos con los acentos de una Musa extranjera. Nada hay mas justo que los elogios merecidos que se tributan al genio, y este hermoso don ¡bien lo sabeis vosotros, ilustres vates! los Dioses se lo han concedido á Carlota Santoni.

ANTONIO VIDAL Y DOMINGO.

#### RUINAS DE BALBEC Y DAMASCO.

Balbec contiene unas cien familias ocupadas en el cultivo de su rico territorio, y que po-

seen rebaños considerables. Las tres cuartas partes de los habitantes son mahometanos de la secta de Ali; los demás cristianos. Hace algunos años se notaba cierta industria en esta ciudad; pero los terremotos y las disensiones civiles han impreso definitivamente en ella el sello de la desolacion. El Emir habita un edificio ruinoso, llamado el Serar. Un riachuelo la atraviesa; y al pie del Anti-Líbano, y á unos veinte minutos al Mediodia de la ciudad, hay una cantera donde se distingue todavía el sitio que ha suministrado parte de la piedra con que se construyó el muro de la ciudadela. En la llanura, hácia el Bekaa, existe un pequeño edificio octógono, probablemente un templo, circuido de ocho hermosas columnas de granito, casi todas en pie, aunque el techo se ha desmoronado. Los naturales lo llaman Kubet-Duris.

Balbeck se llamaba en otro tiempo Heliópolis, y su poblacion actual es solo de unos mil doscientos habitantes.

#### LA ARMERÍA REAL.

##### I.

Pocos monarcas podrán vanagloriarse, y acaso ninguno, como los de España, de poseer una armería tan rica y numerosa. No solo el valor histórico y artístico de los objetos que encierra se hallan fuera de toda ponderacion, sino que su número es inmenso y su estado de conservacion inmejorable. Todo constituye la Armería real de Madrid en una de las mejores joyas del real Patrimonio, y todo concurre en ella para embellecer la capital de la monarquía española con un establecimiento que cuentan en su seno muy pocas ciudades del mundo. Baste decir que por confesion de los mismos extranjeros escede en importancia histórica y en magnificencia á los mismos museos de esta clase de París y de Lóndres. Vamos á describir con la apetecible estension y exactitud, lo mismo el edificio que los interesantes recuerdos de otras épocas que encierra.

La Armería Real fue edificada por orden de Felipe II, con diseños y bajo la direccion de Gaspar de Vega, que despues de haber acompañado al rey á Inglaterra, regresó en 1556 con el encargo de hacer las caballerizas reales delante del alcázar, hoy palacio real, y en el mismo local que ocupaban tres años antes varias casas. Púsose en seguida manos á la obra, y á mediados del año indicado ya quedaban los cimientos sacados, fabricándose luego la planta baja con bóvedas para prevenir los incendios, terminándose el edificio en 1564, si bien se tenian presentes las indicaciones y órdenes del mismo monarca. Los tejados empizarrados, por ejemplo, no se conocian aun en España, y deseando importarlos aquel prudente monarca á estos paises, mandó que el tejado de las caballerizas se hiciese por el estilo de los de Bruselas, de que despues mandó construir igualmente tejados en otras partes. Para cumplimentar los deseos del rey se buscaron oficiales que vinieron del extranjero en 1559, y se ocuparon inmediatamente unos en hacer la armadura y otros en cortar y sentar la pizarra. Terminado el edificio, se dispuso que se trajera la armería del rey que estaba en Valladolid, para colocarla en el piso principal del lienzo que mira al palacio, y desde entonces fueron sus colecciones aumentándose paulatinamente con lo que poseyeron los reyes sucesores de Felipe II.

Como dice un historiador de Madrid, hablando de este grandioso edificio, en la invasion francesa fueron demolidas las caballerizas que ocupaban el centro de la que hoy es plaza de la Armería, quedando únicamente, aunque muy alterada con revocos, la principal fábrica que levantó Gaspar de Vega, que es una de las primeras casas que se hicieron con regularidad clásica, subsistiendo en buen estado el espacioso arco de medio-punto, labrado de si-

llares almohadillados de granito, formando una gran vuelta, que arranca de unas impostas que están poco elevadas sobre el pavimento. Al frente de la fachada principal del palacio real y cerrando por el lado del S. la espaciosa plaza llamada de Mediodia, se halla este edificio, que consta de planta baja y piso principal, teniendo en la primera claraboyas rústicas entre las ventanas, y en el segundo jambas y guardapolvos de granito, en los que sentaban en tiempo de Ponz, niños con coronas, que al presente no existen, habiendo sido sustituido el agramilado de que estaban labrados los entrepauos con revoco de color. Termina el todo una cornisa de piedra, sobre la que se levanta la armadura del tejado que está cubierta de pizarra y tiene el caballete muy elevado con los dos remates laterales de la trillo, escalonados á la manera flamenca, de los cuales queda ya tan solo el que corresponde al campo, habiendo sido últimamente demolido el del lado del arco. La planta baja es abovedada y hacia parte de las antiguas caballerizas. Forma todo el piso principal un vasto salon rectangular que recibe luces por uno y otro costado y presenta una estension de 227 pies en las líneas mayores y 36 en las menores, cubriendo este considerable espacio una techumbre de madera. Hállase colocada en esta gran sala ó mas bien galería, pues reúne las condiciones de tal, la preciosa Armería Real, que si en todo tiempo ha merecido particular atencion, ofrece al presente mayor interés por la nueva y acertada colocacion que se acaba de dar á los muchos y muy preciosos objetos que encierra.

Al entrar en el vasto salon de la Armería, producen un agradable efecto las figuras de maceros y heraldos ricamente vestidos, que es lo primero que se presenta á la vista, y luego tanta multitud de armas repartidas por las paredes y sobreventanas, muchas armaduras y armas de todas clases en el centro, formando no pocas una ilusion completa por estar colocadas sobre caballos y estatuas perfectamente adornadas, de cuyas armas y armaduras nos ocuparemos en los próximos artículos.

(Se continuará.)

#### MODAS DE AFRICA.

Si la Europa tiene sus modas decretadas en París generalmente, las demás partes del mundo tienen las suyas que por cierto no las cambiarían con las nuestras por todos los tesoros del mundo. El celeste imperio tiene en este ramo á Pekin por ciudad iniciadora de las modas chinas; cada region de América, entre los pueblos indígenas, tiene sus usos y modas particulares que no abandonarían ni á costa de la muerte, como nosotros no cambiaríamos nuestros trajes por los taparrabos y plumas de colores de los indios; el Africa, en fin, tiene tambien sus modas particulares. Hé aquí como describe las modas de los pueblos del Africa del Sur, en su reciente obra, el doctor Livingstone.

Allí, dice, la gente parecia dotada de formas mas ligeras, y su color aceitunado mas claro que el de todos los que hasta entonces habíamos visto. El modo de peinarse las grandes masas de lanudo cabello que les caen sobre los hombros, y sus facciones en general, trajeron de nuevo á mi memoria á los antiguos egipcios. Algunas señoras adoptan una curiosa manera de atar el cabello á un aro que rodea la cabeza y le da cierta semejanza á la gloria en torno de la cabeza de la Virgen. Algunas llevan otro aro pequeño detrás del que se ve en el grabado; y las hay que usan un adorno de trenza y cuero realzado con cuentas. Suelen añadirse el pelo de las colas de búfalo, que se encuentran en los parajes mas al Este; mientras que otras, tejen su caballo sobre pedazos de cuero, en forma de cuernos de búfalo, ó se hacen un solo cuerno en la frente. Las facciones que aparecen en los grabados son comunes pero no universales. Muchos pintorean sus





Modas de Africa.

cuerpos introduciendo sustancias negras bajo la piel, que dejan elevadas cicatrices de cosa de media pulgada de largo y en forma de estrellas, ó con otras figuras que no se recomiendan por su belleza especial.

Los bashukulompos siguen en el peinado otra moda muy particular. Consiste su tocado en un círculo de cabellos sobre la coronilla, de unas ocho pulgadas de diámetro, que tejido á manera de cono se eleva unas diez pulgadas, terminando en punta obtusa, y que algo inclinado hácia adelante se asemeja á un yelmo: algunos usan el cono perfecto y con solo cinco pulgadas diametrales en la base, entretejiéndose muchas veces pelos y cerdas de animales, y como muchos se afeitan todo el resto de la cabeza, parece que llevan un gorro frigio. Cuando ha terminado la operacion del peinado duele bastante el cráneo por la tirantez, mas luego se acostumbran. Y no se crea que estas modas duren largo tiempo, pues segun se cansen de ellas ó segun quieran diferenciarse las tribus unas de otras, así sus caciques mandan abandonarlas y observar otras nuevas á las damas salvajes de sus territorios respectivos.

#### BIBLIOGRAFIA.

Tenemos á la vista el segundo volumen del *Diccionario de la Academia de Bellas Artes de Paris*, que con tanto esmero publican los señores Firmin Didot, reputados libreros del Instituto de Francia. Inútil es ponderar la importancia que semejante publicacion ofrece, tanto para los artistas como para los aficionados á las Bellas Artes por lo que nos concretaremos á dar á conocer á nuestros lectores, aunque sucintamente, las principales materias de que se ocupa. Como todas las obras publicadas por los señores Firmin Didot, respira ese buen gusto, ese lujo de edicion que les es peculiar, tanto por su hermosa forma y clara impresion, como por sus magníficas láminas y grabados intercalados en el texto.

Las diez y ocho preciosas láminas que contiene ese segundo volumen representan las tan celebradas Acrópolis de Argos, de Micenas y de Atenas, el plano de esta última y otro plano en gran tamaño de la célebre ciudad Adriana,

cuyas ruinas se hallan situadas á corta distancia de Roma, ciudad suntuosa mandada construir por el emperador Adriano á su regreso de Oriente, á la cual se retiró despues de haber confiado la direccion de sus Estados á su hijo adoptivo Lucio Elio Cesar, y se dedicó, segun la costumbre de los mas ricos ciudadanos de su época, á constuir palacios, á encargar estatuas y pinturas, en una palabra, á reunir todo cuanto podia satisfacer el esquisito gusto de un fervoroso amigo del arte, segun vemos en el artículo que acompaña dicho plano.

Otras varias nos dan á conocer el arte dramático en sus primeros tiempos, es decir, los actores y las máscaras de que esos mismos se valian para representar en el teatro; los monumentos, las estatuas, los vasos y otras antigüedades no menos importantes que las mencionadas.

Ricas son en noticias curiosísimas sus páginas, explicando todos los términos técnicos relativos á las Bellas artes. El primer artículo es de incontestable importancia y utilidad para los que se dedican al grabado, pues se ocupa de los ácidos (grabado al agua fuerte) y dá á conocer los mejores procedimientos para usarlos con buen resultado; no siendo en dicho artículo en el único que se estudian las materias concernientes al grabado.

La música es objeto de largos y curiosos artículos en que vemos explicados los términos que en ella se usan, con otras particularidades.

Leéanse igualmente detalladísimas noticias sobre la acústica ilustrada con láminas de peregrinos aparatos.

Curiosísimos son en verdad los pormenores sobre los actores, actrices y modo de representar de los griegos y romanos. Como hemos dicho anteriormente varias láminas nos demuestran las máscaras que usaban y el modo particular como hacian sus relaciones, calzados con tan pesados y altos coturnos que algun escritor antiguo ha dicho que «no sabia cómo podian andar con paso seguro.» Tan deformes y extravagantes eran las máscaras, que algunas veces daban motivo á singulares escenas. Filostrates en su *Vita Apolonii*, refiere, por ejemplo, que en tiempo del emperador Neron, viajaba por España un actor, el cual dando un día una

representacion en una ciudad llamada Ispula, donde no se conocia el teatro y por consiguiente sus habitantes no tenian ninguna idea del aparato escénico ni del traje ni maneras de los actores, al ver á un hombre que recorria la escena á grandes pasos, vestido estrañamente, calzado con elevados coturnos, metida la cabeza en una enorme máscara; el miedo se apoderó de los espectadores y en cuanto el actor se puso á declamar, escaparon de aquel lugar llenos de terror como si los persiguiese el genio del mal.

No interesan menos las descripciones de las citadas Acrópolis, de los sitios que ocupaban y las noticias de algunas de ellas, acaso desconocidas de gran parte de artistas y de anticuarios. Algunos grabados intercalados en el texto, representando medallas antiguas, llaman la atencion del lector sobre los curiosos datos que encierran sus descripciones. Otra lámina representa parte del monumento que encerraba el sepulcro de Santa Elena y dos planos concernientes al mismo.

En otra vemos reproducida una pintura hallada en el cementerio de los santos Marcelino y Pedro, la cual representa una de esas comidas llamadas *agapas* instituidas en los primeros tiempos del cristianismo con espíritu de concordia y caridad. Varias capillas de las catacumbas (donde se celebraban esos actos) conservan aun en sus muros pinturas que las representan. La que nos dá á conocer en este volumen el *Diccionario de la Academia de Bellas Artes* nos demuestra una mesa, junto á la cual están sentados tres cristianos, uno de los cuales da de beber á un pordiosero.

Enojoso seria hacer mencion circunstanciada de los 58 términos explicados detenidamente en el volumen: ya dijimos al comenzar que solo nos proponíamos darle á conocer sucintamente á nuestros lectores. El mayor elogio que de él pueda hacerse le lleva en sí mismo y de ello se convencerán los que posean un libro de tanta utilidad para los artistas todos, como para los amantes de las artes y de las antigüedades.

Por todo lo no firmado J. GASPAS,  
editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.